

15th Sunday Year A 12th July 2020

(Is 55:10-11; Rom 8:18-23; Mt 13: 1-23)

Outstanding among the heroic founders of the United States was Benjamin Franklin (1706-1790). Printer, author, publisher, inventor, scientist, businessman, thinker, statesman and diplomat. Franklin was a great blessing to the U.S and to humanity. One day he received a gift of a whiskbroom from India. He noticed a few seeds fastened to wisps of the broom. Franklin planted them. When the first crop came up, he distributed the seeds among his friends and neighbors. Their crops flourished. Thus, Franklin was responsible for introducing broomcorn into the American colonies and starting the American broom manufacturing industry. (Msgr. Arthur Tonne).

Today's readings are about the transforming power of the word of God when read, preached and lived. They also warn us not to be disappointed at the absence of immediate results. We must take a positive and optimistic view of our missionary efforts, as we keep on bearing witness to Christ's Gospel. The parable of the sower in today's Gospel challenges us to listen intently to God's Word, to be open to it, and to allow our lives to be shaped by its power. The parable reminds us that man's reception of God's Word is determined by the condition of his heart.

In the first reading, Isaiah consoles the Jewish slaves in Babylon, assuring them that, like rain and snow which water the earth so that seeds may sprout and grow, God's word will accomplish its purpose, in this case by returning the exiles to their homes in peace as God promised.

In the second reading, St. Paul reminds us that just as seeds must fall into the earth and die to produce abundant crop, the pain and sufferings God permits in our lives help our redemption. Paul wants us to wait for our eternal reward while we continue sowing the word of God diligently and suffering for the Lord, as he did.

Today's Gospel teaches us that the word of the Lord is the seed, and our hearts and minds are the soil. The seed's good spiritual yield in one's life depends on how fully one willingly accepts and responds to the word of the Lord. The yield arising from the positive response will be abundant beyond all imagining. The parable tells us to do our part by preparing fertile soil in

our hearts in which the word of God can germinate, grow, and yield 30-, 60, or 100-fold.

We need to assess our use of the word of God. We need to read the word of God every day, starting with a prayer to the Holy Spirit for the gifts of attentive reading and the ability and willingness to apply the message we receive to our daily living. When we listen to the word of God, as read and preached in the Church during the Holy Mass, we need to pay full attention to the message given by God Who uses the priest as His instrument.

We need to keep our spiritual soil fertile and prepared for the word of God: We need to keep our hearts open to the word of God instead of closing it with pride, prejudice, fear, or laziness. We have to remove from our hearts the weeds like evil habits and addictions, evil tendencies, hatred, jealousy, fear, and greed. We should not allow the trials and tribulations of this world, the cares of this world, our ambitions, or our desires for worldly success and happiness to choke out the messages that God gives through His word.

Julian Policetti

SMD&SF Rosamond.

15º domingo año A 12 de julio de 2020

(Isa 55: 10-11; Rom 8: 18-23; Mt 13: 1-23)

Sobresaliente entre los heroicos fundadores de los Estados Unidos fue Benjamín Franklin (1706-1790). Impresor, autor, editor, inventor, científico, hombre de negocios, pensador, estadista y diplomático. Franklin fue una gran bendición para los EE. UU. Y para la humanidad. Un día recibió un regalo de una escoba de la India. Notó unas pocas semillas pegadas a los mechones de la escoba. Franklin los plantó. Cuando surgió la primera cosecha, distribuyó las semillas entre sus amigos y vecinos. Sus cosechas florecieron. Por lo tanto, Franklin fue responsable de introducir la escoba en las colonias americanas y comenzar la industria estadounidense de fabricación de escobas. (Mons. Arthur Tonne).

Las lecturas de hoy son sobre el poder transformador de la Palabra de Dios cuando se lee, predica y vive. También nos advierten que no nos decepcionemos por la ausencia de resultados inmediatos. Debemos tener una visión positiva y optimista de nuestros esfuerzos misioneros, a medida que seguimos dando testimonio del Evangelio de Cristo. La parábola del sembrador en el Evangelio de hoy nos desafía a escuchar atentamente la Palabra de Dios, a estar abiertos a ella y a permitir que nuestras vidas sean moldeadas por su poder. La parábola nos recuerda que la recepción del hombre de la Palabra de Dios está determinada por la condición de su corazón.

En la primera lectura, Isaías consuela a los esclavos judíos en Babilonia, asegurándoles que, como la lluvia y la nieve que riegan la tierra para que las semillas puedan brotar y crecer, la palabra de Dios cumplirá su propósito, en este caso al devolver a los exiliados a sus hogares en paz como Dios prometió.

En la segunda lectura, San Pablo nos recuerda que así como las semillas deben caer en la tierra y morir para producir abundante cosecha, el dolor y los sufrimientos que Dios permite en nuestras vidas ayudan a nuestra redención. Pablo quiere que esperemos nuestra recompensa eterna

mientras continuamos sembrando la palabra de Dios diligentemente y sufriendo por el Señor, como lo hizo.

El Evangelio de hoy nos enseña que la palabra del Señor es la semilla, y nuestros corazones y mentes son la tierra. El buen rendimiento espiritual de la semilla en la vida de uno depende de cuán plenamente acepte voluntariamente y responda a la palabra del Señor. El rendimiento derivado de la respuesta positiva será abundante más allá de lo imaginable. La parábola nos dice que hagamos nuestra parte preparando tierra fértil en nuestros corazones en la que la palabra de Dios pueda germinar, crecer y producir 30, 60 o 100 veces.

Necesitamos evaluar nuestro uso de la palabra de Dios. Necesitamos leer la palabra de Dios todos los días, comenzando con una oración al Espíritu Santo por los dones de lectura atenta y la capacidad y la voluntad de aplicar el mensaje que recibimos en nuestra vida diaria. Cuando escuchamos la palabra de Dios, tal como se lee y predica en la Iglesia durante la Santa Misa, debemos prestar mucha atención al mensaje dado por Dios que usa al sacerdote como su instrumento.

Necesitamos mantener nuestro suelo espiritual fértil y preparado para la palabra de Dios: necesitamos mantener nuestros corazones abiertos a la palabra de Dios en lugar de cerrarla con orgullo, prejuicio, miedo o pereza. Tenemos que eliminar de nuestros corazones las malas hierbas como los malos hábitos y las adicciones, las tendencias malvadas, el odio, los celos, el miedo y la codicia. No debemos permitir que las pruebas y tribulaciones de este mundo, las preocupaciones de este mundo, nuestras ambiciones o nuestros deseos de éxito y felicidad mundanos ahoguen los mensajes que Dios da a través de Su palabra.

Julián Policetti

SMD y SF Rosamond.